

CAMBIO Y FRUSTRACION EN AMERICA LATINA
LA NUEVA FASE DEL PROCESO SALVADOREÑO

Ignacio Ellacuría

Desde los sesenta y, especialmente, desde los setenta cobra fuerza en El Salvador un proyecto revolucionario, que no obstante la complejidad y riqueza de sus fuentes, surge de la conciencia de una situación insostenible y de la esperanza de que es posible un cambio total de las estructuras socio-económicas y políticas, sólo a través de la lucha armada guerrillera y en el marco del marxismo-leninismo, no sometido a profundas revisiones teóricas, pero infiltrado por fuertes dosis de inspiración cristiana y de cultura centroamericana. La frustración con el burocratismo, el sindicalismo y la participación electoral del Partido Comunista y la esperanza de un cambio revolucionario fácilmente obtenible, si se llegaran a unir la nueva conciencia y organización de las masas (organizaciones populares) y la creación de una vanguardia armada, dan paso a un proyecto revolucionario, que se enfrenta, sobre todo por la vía de la violencia, con el proyecto capitalista criollo e imperialista norteamericano.

Diez años después, tras más de setenta mil muertos y algunos cambios importantes en el proyecto capitalista e imperialista, surge, por lo pronto, un importante grado de frustración en las masas: la revolución no es posible, la guerra y la represión no pueden aguantarse más tiempo, es necesario probar de nuevo la línea de la democracia formal y del desarrollo capitalista (505.370 votos de ARENA), aunque también se da una clara frustración de los procesos electorales y del sistema de partidos (más del 50% de abstención).



Pero esta frustración no se da en el FMLN, que no sólo acrecienta objetivamente su capacidad militar en términos absolutos y relativos, no obstante los cerca de 3.000.000 de dólares dados por USA en su contra, y no sólo logra reactivar, al menos cualitativamente, el movimiento de masas, sino que se atreve a nuevos planteamientos, audazmente democráticos (aceptación de un régimen democrático de tipo occidental y disputa del poder a través de elecciones).

Nos encontramos, entonces, con dos formas distintas de euforia. La euforia de una derecha, que dice estar dispuesta a desarrollar su programa de forma democrática (superarán la miseria masiva con un auténtico desarrollo económico, dejando de lado la violencia anterior y poniendo en marcha un estado de derecho), y la euforia de una izquierda revolucionaria, que dice podrá conseguir la liberación de las mayorías populares y la autodeterminación nacional mediante un modelo democrático, sin abandonar por ello el uso de la violencia hasta que la otra parte asegure el respeto institucional de la voluntad popular. Se quiere con ello llegar a una meta revolucionaria por medios político-sociales y, sólo subsidiariamente, violentos.

El hecho de que el proceso siga sin el triunfo o derrota de ninguno de los dos proyectos y de que ambos estén sometidos a profundas transformaciones, hace que no sean la frustración y el cansancio los que se impongan, sino el dinamismo del cambio en cada uno de los extremos y en el modo de enfrentarse. En todo ello lo más interesante y esperanzador no es la moderada renovación de la derecha y de su proyecto sino la profunda transformación del proyecto revolucionario tanto en Nicaragua como en El Salvador, del que aún está por verse su plena verificación y efectividad históricas.

1-Mayo-89

